

La visión de Laureano Figuerola

Antón Costas

Catedràtic de política econòmica

Honorable conseller, señor alcalde de Calaf, señoras y señores: permítanme que comience manifestando mi satisfacción por la invitación a participar en este acto. Me ha permitido volver a Calaf veinte años después de mi primera visita. En aquellas fechas comenzaba a trabajar en la figura de Laureano Figuerola, bautizado Antón María Laureano Figuerola y Ballesster. Quería conocer la villa donde había nacido y entrevistarme, por recomendación de Ernest Lluch, con Joan Graells, librero de esta villa y persona ilustrada e interesada en la figura de Laureano Figuerola.

El interés por la figura de su paisano me vino de la mano de mi maestro, el profesor Fabià Estapé. Fue él quien me propuso que mi tema de tesis doctoral en economía consistiese en estudiar la figura, pensamiento y obra política económica de Laureano Figuerola. En aquellas fechas aún se desconocían muchos de estos aspectos del personaje. Entre otros aspectos se ignoraba el lugar en que estaba enterrado. En el panteón en que reposan sus restos, en el cementerio viejo de Girona, había desaparecido la placa correspondiente. Las gestiones, que de la mano de Ernest Lluch, hicimos en aquellos años con el alcalde Nadal permitieron documentar la presencia de los restos de Figuerola en Girona.

El profesor Estapé me dijo que, contra una visión extendida de Cataluña como tierra de proteccionistas, la figura de Figuerola permitía demostrar que el proteccionismo en Cataluña no es como la caña de azúcar en Cuba, que crece sin necesidad de plantarla, y que en esta tierra ha habido y hay conservadores, liberales, proteccionistas y librecambistas.

Un retrato de la personalidad de Laureano Figuerola

Los organizadores de este acto me han pedido que, a modo de pintura rápida, haga un retrato de la personalidad de Laureano Figuerola. Comenzaré señalando algunos trazos de su personalidad y su obra que pueden permitirles acercarse al personaje y situarlo en su contexto histórico.

Laureano Figuerola es un personaje sin el cual no se puede entender la vida política, económica y cultural española de la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, como ya se ha dicho aquí anteriormente por parte del señor alcalde, es un personaje poco conocido y hasta, en cierto sentido, im-

popular. Esta afirmación parece contradecirse con la primera. Veamos primero algunas razones que pueden explicar el relativo desconocimiento en el que ha permanecido hasta tiempos recientes.

La historiografía contemporánea no ha tratado muy bien a todos aquellos liberales y demócratas que entre los años cuarenta y setenta del siglo XIX lucharon para modernizar nuestra vida económica, política, social y económica. En particular, a Laureano Figuerola, que como miembro destacado del partido liberal progresista, participó activamente en la vida política barcelonesa, catalana y española. Se significó además por su hostigamiento hacia algunas de las instituciones políticas, sociales y económicas de su época, y hacia las personas que las encarnaban, particularmente contra la monarquía encabeza por Isabel II. Su discurso en el Congreso sobre las joyas de la corona fue demoledor y contribuyó al descrédito de la institución y de la reina, –en ese momento era presidente del Senado cuando se proclamó la República. Con estos antecedentes, no puede extrañar que una vez restaurada la monarquía de los borbones en la persona de Alfonso XII, la historiografía conservadora no haya tratado demasiado benévolamente a nuestro personaje.

He señalado también que esa historiografía ha tendido a señalarle como un personaje impopular, que concitó el rechazo y hasta el odio de sus contemporáneos. Sin duda, algo de eso hubo, debido a que su obra político económica reformadora chocó con importantes resistencias, especialmente aquí, en su tierra. Pero eso hizo de él un personaje polémico más que impopular. Prueba de ello son estas dos anécdotas que ponen de manifiesto la simpatía y el reconocimiento que siempre mantuvo por parte de muchos de sus paisanos.

Acabada la primera Exposición Universal que se organizó en España en 1898, en la ciudad de Barcelona, el Alcalde Rius i Taulet, personaje peculiar, salió a recorrer varias ciudades españolas, acompañado por una compañía de la guardia municipal montada. Al llegar a Madrid, final de su periplo, lo primero que hizo, a primera hora de la mañana, fue presentarse delante del chalecito en el que vivía Figuerola, en la calle Serrano 61, para presentarle honores. Figuerola salió a recibirlo en bata y medio afeitado. Dejando de lado la familiaridad que cabía esperar de dos paisanos conocidos, Rius i Taulet comenzó a dirigirse a Figuerola de forma protocolaria: “Señor ministro, la delegación que tengo el honor de presidir...”. Figuerola le cortó y le pidió que esperase un momento. Subió a sus habitaciones, se acicaló y volvió al salón, señalando, “continúe el señor alcalde de Barcelona”.

El reconocimiento y la popularidad que seguía conservando muchos años después de retirarse de toda actividad política se manifestó también en el momento de su muerte, un frío 28 de febrero de 1903, en Madrid. La

compañía de ferrocarriles MZA puso un vagón especial para traer el féretro hasta Girona. El diario *La Vanguardia* señala como durante el tiempo que el féretro permaneció en la Estación de Francia, muchos barceloneses se acercaron a despedirlo.

Creo que estas dos anécdotas dan noticia del reconocimiento popular que tenía su figura, aún muchos años después de abandonar toda actividad política. No era, por tanto, impopular. Lo que sí ocurrió es que Figuerola, su pensamiento y su obra política, tuvo la enemiga de muchos sectores económicos y políticos importantes de la sociedad de época.

¿Era un político o un reformador?

Para comprender el rechazo que provocó en estos sectores, conviene que nos planteemos una cuestión: ¿era un político o un reformador? Si uno lee la biografía que aparece en el programa de este acto, la imagen que se saca del personaje es la de un político. Y así es: concejal del Ayuntamiento de Barcelona, diputado progresista por Barcelona desde el bienio progresista de 1854-56 hasta las Cortes del Sexenio Liberal, ministro de hacienda por partida doble en los primeros gobiernos liberales de 1868, senador y presidente del Senado, concejal del Ayuntamiento de Madrid en los años ochenta del siglo XIX.

Pero Figuerola no responde sólo ni fundamentalmente al perfil de político convencional, fue ante todo un reformador. Una persona animada por un fuerte impulso reformista, que utilizó la política como instrumento para promover los cambios en los que estaba interesado. Lo que mejor dibuja el perfil de Figuerola es este deseo de cambio, de introducir en su país todo lo nuevo que estaba surgiendo en los países adelantados de la época. Lo nuevo en las ideas, en la organización política, en la industria y en la economía. Promovió esas innovaciones y reformas aún sabiendo que no le harían muy popular en algunos sectores, porque todo cambio produce a corto plazo conflicto y dolor. Su perfil de reformador, más que de político, se advierte en algunas decisiones personales importantes que tomó a lo largo de su vida política. Como cuando estaba al frente del ministerio de hacienda en 1869 y se encontró que parte de sus compañeros de gabinete no apoyaban sus reformas impositivas. Prefirió abandonar antes que ceder y aguar sus reformas. Y de nada valieron los consejos ni la influencia del presidente del consejo de ministros, el reuense Juan Prim i Prats.

En este, y en otros sucesos y momentos que jalonan su vida, Figuerola sacó a relucir un rasgo que caracteriza como ningún otro su personalidad, su carácter enérgico y un cierto sentido visionario que le animaban a im-

pulsar las reformas que consideraba necesarias para modernizar el país. De él se dijo que tenía demasiada energía para un físico diminuto como el suyo. Son muchos los testimonios de la época que nos hablan de su carácter enérgico y poco proclive a concesiones. En *Los oradores de 1868* señala, al referirse a Figuerola, que “La palabra sale de su boca cortante (...), más de cuatro veces lastima por lo crudamente que manifiesta las cosas (...), sus adversarios no se retiran jamás sin llevar en la cara un arañó o un tortazo”. Era un personaje sin dobleces, de cuerpo entero. Una personalidad, por así decirlo, propia de esta tierra en la que nació y se crió, La Segarra, curtido en dificultades, fuerte, confiado en sus ideas y propuestas, y decidido a llevarlas adelante aún contra las mayores dificultades.

Hay otra anécdota que nos permite apreciar ese rasgo de la personalidad de Figuerola a la que acabo de referirme. No se arredró en la defensa de sus ideas y opiniones públicas ni cuando los afectados por ellas le retaron en duelo, aun en los casos en los que sus adversarios eran conocidos militares curtidos en armas. Referencias verbales que he podido recoger de personas familiarmente próximas, en particular de los Borja de Riquer, emparentados con los Figuerola, hablan de que tenía en el estudio de su casa de Madrid dos carpetas tituladas “Mis duelos”. El significado de esta anécdota para dibujar la personalidad de Figuerola se agiganta si se tiene en cuenta su físico pequeño y la miopía que tuvo desde edad temprana.

Este tipo de personajes, que tienen esa capacidad profética de anticiparse a su tiempo viendo los cambios que están a llegar, como lo fue su compañero y amigo Idelfonso Cerdà, del que, por cierto, fue albacea testamentario, acostumbran a dividir el mundo que les rodea en dos grupos: los partidarios y los que se le oponen con saña. Son personajes polémicos, como ya he señalado, pero a la vez son indispensables para impulsar los cambios necesarios en determinadas fases históricas para avanzar en la modernidad.

El marco familiar y político

Pero antes de ver cuáles fueran las reformas que impulsó Figuerola y que provocaron el rechazo de algunos de sus contemporáneos, conviene que nos paremos un momento a analizar el marco familiar y político en que se forjó esa personalidad enérgica y decidida.

Laureano Figuerola nació en el seno de una familia acomodada de Calaf. Los Figuerola procedían originariamente de Llitera y Tamarit, y se afincaron en esta villa a principios del siglo XVIII. Con otras familias de la comarca

fundaron una importante compañía de exportación de vinos y otros productos de esta comarca, como la artesanía derivada del caolín que existe en esta zona. Su padre, Pere Figuerola, había estudiado economía en la cátedra de Normante y Carcavilla en la Universidad de Zaragoza. Posteriormente se trasladó a Barcelona, ocupando, entre otros cargos, el de letrado de la Junta de Comercio de Barcelona, y tuvo desarrollando un destacado protagonismo en todos los movimientos liberales y pronunciamientos que tuvieron lugar en esa ciudad hasta mediados de siglo.

El ambiente político en el que creció Laureano fue el del enfrentamiento entre liberales y absolutistas. Hemos de situarnos en ese conflicto. Estamos hablando de las primeras décadas del siglo XIX. La Revolución Francesa estaba muy reciente. Eran los años de las Cortes de Cádiz, del destierro y vuelta de Fernando VII, del Trienio liberal de 1820-23 y el enfrentamiento con los absolutistas partidarios de Fernando VII, del retorno de este y de la tremenda reacción contra los liberales y, finalmente, de su muerte y del inicio del enfrentamiento entre los partidarios de su hermano Carlos y de los liberales que apoyan a su hija, Isabel II. Laureano Figuerola tuvo que vivir en Calaf ese enfrentamiento entre las dos Españas, la absolutista representada por los carlistas y la liberal representada por los partidarios de Isabel. Calaf fue una villa liberal en medio de un campo predominantemente carlista, que la sometió a asedio. Laureano aparece desde muy joven afiliado a las milicias liberales. Y como tal desarrollará un protagonismo destacado en la Barcelona revolucionaria de la época, llegando a ser el negociador de la ciudad levantada en armas con el general Antonio Van Halen, enviado por el general Espartero para acabar con su rebelión. Más tarde saldría elegido diputado por el Partido Progresista en la ciudad de Barcelona y, a partir de ese momento, desarrollaría una fecunda labor en la política española.

Del prohibicionismo al librecambismo

Este salto a la política española fue, aparentemente, acompañado por un cambio en sus ideas económicas que le valió el ser acusado por algunos catalanes de traidor y haberse vendido a los intereses extranjeros. Sus primeros estudios de economía los hizo en la cátedra de economía que desempeñaba Eudald Jaumeandreu en la Junta de Comercio de Barcelona. La orientación de las ideas económicas de Jaumeandreu en asuntos de comercio exterior era prohibicionista; es decir, para fomentar el desarrollo de la industria nacional defendía la prohibición de importar productos y géneros extranjeros que pudiesen competir con los que se fabricaban en el

país. Como alumno destacado de Jaumeandreu, Laureano Figuerola fue seleccionado para defender en público su trabajo de fin de curso del año 1833 en el que defendía la conveniencia del prohibicionismo exterior y la liberalización del comercio interior por todo el territorio español. Dado que veinte años después le veremos aparecer en Madrid atacando el prohibicionismo y erigiéndose en el defensor más destacado del librecambismo, ese cambio en sus ideas económicas llevó a sus adversarios a acusarle de traición y de cambiar por conveniencia propia.

¿Cómo entender este cambio? ¿A qué respondía? ¿Qué había pasado en sus veinte años que permitan entender ese cambio en sus ideas económicas? A principios del siglo XIX en el mundo europeo predominaba el prohibicionismo. Pero en los años cuarenta se van a producir una serie de innovaciones tecnológicas que hicieron cambiar radicalmente la visión sobre las políticas comerciales más adecuadas para impulsar el progreso y el desarrollo. Como hoy vivimos inmersos de nuevo en una fase de profunda y rápida innovación tecnológica no nos será difícil comprender el cambio de Figuerola. En aquellos años se produjeron una serie de innovaciones que iban a revolucionar la vida económica y social. Se trató, por un lado, de la introducción de nuevas máquinas de hilar automático y de la aplicación de la máquina de vapor a la industria textil y a los transportes, tanto por el transporte por ferrocarril como el marítimo.

Laureano Figuerola, lo mismo que Ildelfonso Cerdà, ambos pertenecientes al Partido Progresista liberal de Barcelona, supieron ver los cambios que se avecinaban. Fueron unos visionarios. Y defendieron la necesidad de introducir esas innovaciones, aún cuando eran conscientes del coste social y económico que iban a provocar. Cerdà supo ver los efectos que el ferrocarril iba a tener en la configuración urbana de las ciudades, al permitir el desplazamiento rápido de un lugar a otro de multitudes y de mercancías como no era posible imaginar con los medios de transporte animal vigentes hasta esa época. De ahí, el grito de ¡abajo las murallas! con el que los progresistas se lanzan a derruir las que rodean Barcelona y a diseñar la nueva estructura urbana de la ciudad.

Figuerola, por su parte, supo ver las transformaciones y los cambios que las nuevas máquinas iban a producir en la localización de la industria, en el comercio y también en las pautas de conducta social y urbana. La aplicación de la máquina de vapor a la industria textil permitía a esta industria desvincularse de los ríos y localizarse en el entorno de las ciudades. Así surgirían los nuevos núcleos industriales que hicieron de Barcelona la cuna de la industrialización española. Figuerola estudió en un libro aún digno de leer, *La estadística de Barcelona en 1847*, los cambios sociales y urbanos provocados por esa incipiente industrialización. Por otro lado, las nuevas

máquinas de hilar automático, aún cuando provocaban a corto plazo pérdida de empleos manuales, significaban una oportunidad de modernización de la industria y de progreso económico y social que él supo ver mejor que ningún otro en su época, pero que le va a provocar en enfrentamiento con los intereses, tanto empresariales como laborales, que a corto plazo se podían ver perjudicados por esos cambios.

Su marcha a Madrid

Si tenemos en cuenta todas esas innovaciones tecnológicas y los cambios de tipo que iban a provocar, podremos comprender mejor el cambio de las ideas económicas de nuestro personaje, desde el prohibicionismo al librecambismo. Aunque algunos han sostenido malévolamente que ese cambio coincidió con su marcha a Madrid, en el año 1854. No es así. De hecho, sus ideas librecambistas aparecen ya con ocasión de su presentación a las primeras oposiciones que se realizaron en España a cátedras de economía política, después de la Ley Moyano de 1845. Esta ley reguló por primera vez en España la enseñanza superior y creó las primeras cátedras de economía y derecho público. Laureano se presentó en julio de 1847 y gana la cátedra de Barcelona. Unos meses más tarde se convoca la cátedra de la Universidad de Madrid y se presentan entre otros, Figuerola y mi paisano Manuel Colmeiro. Figuerola saca el número uno de la terna elegida por el tribunal. Pero la reina Isabel II, acogiéndose a su "derecho de vacilación" que le otorgaba la legislación, por así decirlo "vaciló" a Figuerola y le concedió la cátedra a Colmeiro, segundo de la terna. Figuerola nunca perdonó ese agravio, aunque no creo que sea el motivo de su antipatía por la persona de Isabel II a la que he hecho antes alusión, y buscó desde ese momento reparación a esa injusticia.

Se tuvo que quedar en la cátedra de Barcelona. Pero eso nos hace ver como a partir de 1847 *defiende* en sus clases, la conveniencia de las ideas librecambistas para favorecer la entrada de las nuevas máquinas y la difusión de la innovación en la industria catalana. Esa defensa de las ideas librecambistas en el "castillo del prohibicionismo" que era Barcelona le hizo ganar antipatías hasta entre sus alumnos. Uno de ellos, Puig i Llagostera, industrial textil de Esparraguera y más tarde diputado en Madrid, llegó a tirarle huevos en clase. Es en esta etapa cuando comienza a difundirse en ciertos ambientes la acusación de anticatalán. Pero este ambiente no le intimidó. Lo que sí hizo fue buscar con más ahínco, tanto en la teoría como en la práctica, la confirmación de la bondad de las ideas librecambistas.

La fuente del futuro progreso

Un hecho posterior vinculado a la difusión de las nuevas máquinas va a ser determinante en su decisión de erigirse públicamente como defensor del librecambismo. En el año 1853 ve finalmente reconocido su derecho a ocupar una cátedra en Madrid. Paralelamente sale elegido diputado por Barcelona en las elecciones de 1854 que abren el Bienio Progresista. En ese momento se produce en Barcelona lo que podemos considerar como la primera gran manifestación laboral contra la introducción de las nuevas máquinas de hilar automático, llamadas *selfactinas*, en las fábricas textiles de Barcelona. El gobierno progresista se asusta y el gobernador militar de Barcelona publica un edicto en el que se prohibía a los industriales el instalar esa nueva maquinaria. Figuerola es el único que desde las páginas del *Diario de Barcelona* y desde el Congreso denuncia la actitud obstruccionista de los trabajadores y la debilidad de las autoridades. Se declara convencido que esas nuevas máquinas son la fuente del futuro progreso económico y social y, por eso, acusa a los obreros de obstruir ese progreso, aun a cambio de convertirse en enemigo declarado de las organizaciones sindicales de la época, que a partir de ese momento le dedicaron los más duros ataques.

Anteriormente se había enfrentado por el mismo motivo con los industriales catalanes que defendían el prohibicionismo. En el año 1851 se había celebrado en Londres la primera Exposición Universal de la Industria, en el Crystal Palace, construido al efecto. Fue la primera vez que los hombres y mujeres de toda Europa pudieron ver materialmente lo que estaba siendo el progreso asociado a las nuevas máquinas. Figuerola fue a Londres formando parte de la delegación oficial española. Lo que vio le confirmó en sus ideas librecambistas y en la necesidad de favorecer una reforma del arancel comercial español para posibilitar la entrada de esas innovaciones y la modernización de la industria española. Al volver a Barcelona, publicó un opúsculo con sus opiniones librecambistas y señalando la destacada ausencia de los industriales catalanes. El enfrentamiento con estos fue sonado, en la pluma del conocido industrial Juan Guell i Ferrer.

Creo que estos episodios nos permiten comprender mejor ahora la personalidad de Laureano Figuerola, su perfil de reformador y el porque de cierta impopularidad del personaje a la que hice referencia al principio de mi intervención.

Esos hechos, y especialmente la cuestión de las selfactinas y el enfrentamiento con los obreros, le llevó a pronunciar un sonado discurso en el año 1855 desde su escaño en el Congreso, atacando la prohibición de las máquinas por parte de la autoridad militar y defendiendo la industrialización y el libre comercio. Ese discurso lo catapultó a la política nacional.

La *Escuela Economista*

Cerrado de forma abrupta el Bienio Progresista, Figuerola permanece como diputado por Barcelona a lo largo del período que llega hasta la revolución liberal de 1868. Durante este período desarrolla una destacadísima labor pedagógica y cultural que le lleva a ser reconocido como la cabeza de filas de la llamada *Escuela Economista*, un grupo de economistas e intelectuales, algunos de ellos catalanes, que formaban parte de la llamada *corriente optimista* europea, por su confianza y fe en las ventajas de las nuevas tecnologías y del libre comercio sobre el prohibicionismo que se practicaba en nuestro país. Veían en las máquinas y en el comercio las fuentes del progreso económico y del bienestar social, sin dejar de reconocer que su introducción tenía costes que había que suavizar.

Si nos situamos en aquella época, y somos partidarios de las innovaciones tecnológicas y del comercio, comprenderemos entonces el por qué Figuerola era contrario a todo asociacionismo obrero que impidiese ese progreso, a las regulaciones de los viejos gremios que impedían la libertad de industria y a las trabas que se oponían a la libre circulación de las mercaderías por todo el territorio nacional. Figuerola era un *optimista* que creía firmemente en el progreso que traerían las nuevas máquinas y el libre comercio. Y cuando ocupó la cartera de hacienda en el Gobierno Provisional de 1868 se afanó para aprovechar la oportunidad para llevar adelante muchas de las reformas que en los años anteriores había defendido. Entre ellas, de forma estelar, está la reforma del Arancel de 1869, el arancel más favorable a la libertad de comercio que ha tenido nuestro país hasta su incorporación a la Comunidad Económica Europea, un siglo más tarde.

Su paso por el gobierno

No me detendré en el análisis de las políticas económicas que llevó a cabo Figuerola en su época de ministro, porque esto ha sido abordado por otros ponentes y el tiempo no da ya para ello. Si señalaré, su decisión histórica de unificación y reforma del sistema monetario español y la creación de la peseta como unidad del nuevo sistema.

Su paso por el gobierno constituyó el zenit de su obra reformadora en el campo político económico. Cerrado el período revolucionario liberal y restaurada la monarquía, el perfil político de Figuerola se irá diluyendo con el paso del tiempo. Él no cambia sus ideas, pero el mundo que le rodea sí lo hace. Por eso decía anteriormente que su perfil no es el del político convencional, sino el del reformador. Él permanece anclado en sus ideas, sin

atender a los signos que señalaban que las nuevas máquinas y la industrialización no estaban dando los buenos resultados que él defendía para el bienestar y la calidad de vida de los obreros. Otros políticos comienzan a cambiar y a manifestar cierto recelo hacia las ideas y políticas de libertad económica y de libre mercado que había defendido Figuerola, pero él permanece en su defensa cerrada. Se había cerrado su tiempo. Los vientos comenzaban a girar de nuevo a favor de la intervención de los gobiernos en la economía.

Su influencia intelectual

Sin embargo, aunque en las dos últimas décadas del siglo que le tocó vivir, su influencia económica y política se desvanece, no sucede lo mismo con su influencia intelectual. En esas décadas desarrollo una importante labor cultural en Madrid, como presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas hasta su muerte y como fundador de la Institución Libre de Enseñanza, una institución clave en la modernización pedagógica y cultural en España.

Como dije al comienzo de mi intervención, toda esta labor política y cultural hacen de Laureano Figuerola i Ballester un personaje clave en la historia española y catalana de mediados del siglo XIX. Sin él no es posible entender algunos de los acontecimientos más relevantes de esa época. Por eso pienso que todos ustedes pueden estar orgullosos de su conciudadano.